

EL TRABAJO PERIODISTICO Y LOS MODOS DE PRODUCCIÓN DE LA NOTICIA: EL TRATAMIENTO DE LA INSEGURIDAD EN LA PRENSA ARGENTINA

Federico M. Lorenc Valcarce

Universidad de Buenos Aires/Conicet

florencvalcarse@msn.com

Resumen

El presente artículo presenta los resultados de una investigación sobre el tratamiento periodístico de los hechos delictivos y la elaboración de la noción de "inseguridad" en la Argentina. Se trata de un estudio centrado en los periódicos de referencia que procura contribuir a una reflexión sociológica sobre la construcción social de la realidad y el papel que cabe a los medios en este proceso colectivo. El análisis pone especial atención en el carácter selectivo de la producción de las noticias y las determinaciones sociales de la actividad profesional de los periodistas.

Palabras clave: sociología del periodismo, inseguridad, prensa, construcción social de la realidad, problemas públicos

Introducción

El presente artículo tiene por objeto contribuir a una interpretación sociológica de las condiciones de producción de las noticias, tomando como caso específico el tratamiento de los hechos delictivos y la elaboración de la categoría de "inseguridad" en la Argentina reciente. ¿Cómo contribuyen los profesionales del periodismo a la selección de esquemas de intelección de la realidad social? ¿En qué redes de producción, circulación y recepción se inscriben los diversos modos de tratamiento de un "acontecimiento" o de un "problema"? ¿Qué categorías de actores están autorizados a tomar la palabra sobre una determinada cuestión, en un determinado momento y de determinada manera? Estas preguntas llaman la atención sobre los individuos cuyo trabajo cotidiano consiste en producir representaciones que tendrán luego una amplia circulación social. En un contexto en que predomina la

interrogación sobre la dimensión semiológica de los medios de comunicación, donde el “discurso mediático” parece constituir una realidad sin anclas que flota en el aire, parece desatinado plantear preguntas sencillas y concretas sobre la actividad cotidiana de determinados individuos que producen cosas (en este caso, noticias) en condiciones sociales determinadas. No se trata, sin embargo, de una preocupación nueva. En la década de 1970, investigadores norteamericanos y británicos analizaron escrupulosamente los regímenes de producción de las noticias en las redacciones de los diarios, las radios y los canales de televisión. Estos trabajos se interrogaban acerca de cuestiones tan variadas como los esquemas de aprehensión de la realidad de los profesionales de los medios (1), la normalización de lo extraordinario en el trabajo rutinario de las redacciones periodísticas (2), los procesos de selección de las noticias y los modos de construcción periodística de la realidad (3). A pesar de esta variedad de problemas, el enfoque general tomaba a los lugares de trabajo como terrenos privilegiados de observación, situando las prácticas de producción y su objetivación en los productos periodísticos en el centro del análisis. Tras años de relativo silencio, la sociología del periodismo ha tenido recientemente un desarrollo inédito, sobre todo en Francia, que se materializa en investigaciones empíricas minuciosas sobre diversos aspectos del funcionamiento del espacio mediático: encontramos entonces estudios sobre las características sociológicas de los trabajadores de los medios y sobre las condiciones de ejercicio de la profesión (4), sobre la organización de los medios y las transformaciones del campo periodístico (5), sobre el funcionamiento de las redacciones y los modos concretos de producción de las noticias (6), sobre las representaciones del mundo y los criterios de selección que los periodistas movilizan para dar cuenta de los hechos que se les ofrecen en gran número y a través de múltiples fuentes (7), sobre el tratamiento diferenciado que los distintos tipos de periodistas hacen de los hechos y los problemas (8), sobre los “paquetes” o “etiquetas” que elaboran para enmarcar los hechos (9), sobre la composición económica del sector de los medios de comunicación y sus relaciones con otros campos sociales, sobre todo con el campo político (10). Estos estudios revitalizan una

aproximación al fenómeno mediático centrado en las prácticas de producción y sus condicionamientos sociales concretos, aproximación que se reclama constructivista sin recaer en el intelectualismo. Dado que nuestra investigación más amplia se interroga acerca de la construcción social del problema de la "inseguridad" en Argentina y, por extensión, acerca de la participación de los "medios" (periodistas y empresarios situados en condiciones determinadas) en esta empresa colectiva, es necesario interrogarse sobre el significado de los modos de aparición de los hechos del mundo en el cuerpo de los productos periodísticos y por el régimen de producción de noticias que ellos expresan.

Nuestro análisis deja de lado una consideración específica de cuestiones tan importantes como la influencia de las lógicas económicas sobre la vida de los órganos de prensa, la determinación política de las líneas editoriales y toda otra determinación exógena de la actividad periodística, para concentrarse en un aspecto de la relación causal: *el papel que desempeñan las propias condiciones del trabajo periodístico en los productos que allí se elaboran*. Entre las múltiples condiciones que hacen a la labor periodística, nos interesa particularmente llamar la atención sobre el carácter selectivo del proceso de producción de las noticias. Si se considera la cantidad de "hechos" que tienen lugar sin llamar la atención de los hombres y mujeres de la prensa, la selectividad de la producción periodística se vuelve evidente: hay millones de accidentes de tránsito cada año, pero menos de una docena conquistan un titular en la portada de los diarios; los políticos pronuncian públicamente centenares de discursos por mes, pero un número reducido de declaraciones son reproducidas por los medios; en una ciudad como Buenos Aires tienen lugar decenas de movilizaciones sectoriales por día, pero sólo algunas logran un espacio en los noticieros. Para explicar estas selecciones es necesario considerar lo que pasa en el plano concreto de las prácticas periodísticas. Para ello, hemos llevado adelante una lectura sistemática de los "diarios de referencia", Clarín y La Nación, entre 1997 y 2003, y hemos realizado observaciones en las redacciones de estos diarios entre junio y julio de 2003, que han incluido por lo demás entrevistas con diferentes redactores y editores de distintas secciones.

DESARROLLO

1. El tratamiento del delito en régimen de rutina

En todos los órganos de prensa existen servicios encargados de la cobertura de los “hechos policiales”. En la prensa escrita, los periodistas que tratan cotidianamente los crímenes son muy especializados: sólo tratan este tipo de hechos y son expertos en el dominio. En la televisión y la radio, estos hechos son objeto de trabajo de profesionales menos especializados: los jóvenes reporteros, que trabajan en condiciones relativamente precarias, operan sobre el terreno y circulan por los escenarios de la vida social según el ritmo de la agenda periodística (hoy van al barrio en que han asesinado a una niña, mañana asistirán a una marcha de universitarios en el centro de la ciudad o al hospital en que se encuentra internada una figura del espectáculo). Este tipo de morfología del órgano encargado de la cobertura tiene consecuencias sobre el tratamiento que los distintos medios ofrecen sobre esta categoría de acontecimientos.

Consideremos específicamente el trabajo de los periodistas de la prensa cotidiana. El periodista de las “páginas policiales” recibe permanentemente despachos de las agencias de noticias, al mismo tiempo que mira –con mayor o menor atención– las cadenas de cable (es decir, Crónica TV o TN) que están siempre sintonizadas en los monitores que pueblan las distintas áreas de la redacción del diario. Dado que estas fuentes son muy poco selectivas, nuestro periodista comienza a meditar sobre su propia elección: conversa con otros redactores y con su editor responsable. La “sensibilidad” del periodista va prefigurando su elección desde temprano. Suele ocurrir que un asesinato en un barrio acomodado llame la atención de quien trabaja para un diario cuyos lectores se reclutan mayoritariamente en este grupo social, mientras que siguiendo la prensa popular el lector puede llegar a conocer el nombre de todas las localidades de las zonas menos favorecidas del conurbano. De vez en cuando, el hecho seleccionado se impone “por su propio peso”: esto significa que se corresponde a la perfección con las categorías periodísticas que determinan lo que es una “buena historia”, o que constituye una “exclusiva”

ofrecida por una de las fuentes en la policía o la justicia. Pero habitualmente debe elegir entre centenares de despachos que llegan a su computadora personal. En cada elección, el periodista pone en juego su saber profesional (no siempre de manera consciente) al tiempo que allí se actualiza la estructura de relaciones en la que está situado. Una vez que la elección fue realizada, el periodista llama por teléfono al comisario, al fiscal o al secretario del tribunal competente en el caso; si se trata de un hecho lo suficientemente extraordinario, el propio redactor se traslada al lugar de los hechos para recoger testimonios de las víctimas, sus familiares o los vecinos. Si la importancia no parece suficiente, puede discutir con el editor de su sección sobre la posibilidad de enviar un fotógrafo. Al día siguiente, el lector encontrará un artículo con la descripción de los "hechos", a veces escrito como una historia literaria, a veces como un protocolo científico; podrá leer una crónica de lo que la policía ha hecho y lo que va a hacer; se topará con un balance de la situación de los "delincuentes" y sus antecedentes, así como con los detalles de la investigación judicial en curso. La historia puede acabarse allí mismo, o bien puede "desarrollarse": si se convierte en un "caso" (un *affaire*), será seguido durante varios días y se podrá encontrar ocasionalmente alguna actualización incluso mucho tiempo después.

De este modo, la rutina de trabajo de los periodistas de las páginas policiales da lugar al tratamiento más general y menos conceptual del "problema de la inseguridad" que pueda encontrarse en la prensa diaria (11). Más allá de las cifras del delito, hay hechos que llaman la atención de los medios y, a través de ellos, de la población en general, usualmente por su carácter espectacular: el crimen del periodista Cabezas, el robo del Banco Nación en Ramallo, un secuestro, etc. tienen ciertas propiedades que hacen de ellos acontecimientos mediatizables. No es su carácter general, sino su carácter único lo que los convierte en noticia. En todo caso, *los periodistas son portadores de un saber profesional que les permite determinar qué es una buena historia* (12).

De esta manera, el primer nivel de la atención periodística al problema de la "inseguridad" está representado por los

artículos publicados cotidianamente en la sección de “hechos policiales”. A través de actividades laborales rutinarias se subrayan hechos que tienen lugar cada día y que la prensa hace existir socialmente dándoles una cobertura específica. Este tratamiento rutinario de los hechos delictivos contribuye indirectamente a una construcción “desde abajo” –por medio de la acumulación de pequeñas narraciones en el día a día– del problema más general, que no recibe sino raramente una elaboración explícita. La “buena historia” que los periodistas procuran contar cada día emerge tanto de los hechos y de los principios de selección de los periodistas como del gusto de los lectores, que los propios periodistas *conocen*, sea gracias a las encuestas y el marketing (como sucede en los grandes medios), sea a través de métodos menos sistemáticos tales como la “imagen” que las redacciones se hacen del “lector típico del diario” (como sucede en los órganos más pequeños o en los más tradicionales). En todo caso, los periodistas tienen criterios de selección que los llevan a elegir un determinado contenido para sus artículos. La uniformidad de estos criterios se reafirma por la propia reciprocidad que caracteriza al comportamiento de los periodistas. En efecto, el periodismo no es una actividad ciega: los periodistas no son sólo productores sino también consumidores intensivos de objetos periodísticos. Ello explica la convergencia creciente de los temas y el modo de tratamiento de los hechos en todos los medios de comunicación, más allá de la búsqueda de diferenciación concurrencial. *Los medios constituyen una totalidad orgánica como resultado de las rutinas de producción, circulación y consumo de noticias en y entre las redacciones.* En las redacciones de los diarios se escuchan cadenas de radio, se miran canales de cable completamente dedicados a las noticias, al tiempo que se reciben despachos de las agencias; los programas matutinos de las radios –y otros de formato similar en las cadenas de televisión– comienzan con la lectura de las portadas de los diarios nacionales y avanzan sobre los artículos más salientes a medida que la mañana progresa. Los noticieros del mediodía se sirven también de todas estas fuentes: las agencias, los diarios y las cadenas de noticias. Mucho más que la televisión, son estos “medios de base” los que tienen un acceso privilegiado a las “fuentes directas” en las instancias

públicas (policía, tribunales, ministerios, congreso, legislaturas, concejos deliberantes), en los partidos políticos, en el mundo académico, etc. La radio y la televisión retoman las informaciones ya puestas en circulación por otros medios: en el caso de la radio, se profundizan las cuestiones a través de entrevistas en las que se procura poner en escena los distintos puntos de vista de los actores involucrados, los expertos, las autoridades; en el caso de la televisión, el tratamiento suele limitarse a mostrar con imágenes lo que ha sucedido, al tiempo que el reportero recoge testimonios o se lanza a comentarios personales, casi siempre sentimentales o moralistas.

Ahora bien, el tratamiento periodístico de la “inseguridad” en las páginas de información general o en los noticieros no se reduce a la simple crónica de los hechos criminales. Estos últimos constituyen los insumos principales para la producción de noticias policiales, pero hay otros niveles de tratamiento de la realidad que reenvían a la misma categoría temática. Si la crónica de un hecho delictivo constituye la forma más simple y pura de tratamiento periodístico de la cuestión criminal, en un segundo nivel encontramos eso que los periodistas llaman “balances” o “escenarios, en los que se trae a la memoria del lector hechos más o menos recientes para “mostrar” que el hecho puntual que se narra en una crónica forma parte de un conjunto más amplio, de un fenómeno englobante, general, social. Se encuentran así análisis en los que se pone la situación presente en perspectiva para mostrar los cambios en las modalidades delictivas (“antes se hacía esto, ahora se hace esto otro...”) o las transformaciones cuantitativas de la criminalidad (sirviéndose de estadísticas policiales o encuestas de victimización). Este tipo de tratamiento (*soft news*) pone en escena un entrecruzamiento entre los hechos particulares –que constituyen una “historia”– y las preocupaciones generalizadas en la población o, al menos, en el lectorado del órgano de prensa del caso. Estamos todavía en el plano del análisis de los hechos criminales, aun cuando el periodista ha incorporado al clásico análisis cuasi-literario del crimen las apariencias del discurso científico y nos encontramos ahora con un relato cuyo contenido presenta un nivel superior de generalidad.

2. La editorialización periodística y la formación de

conceptos socialmente vigentes

Un tercer nivel de tratamiento corresponde a determinados hechos que los periodistas agrupan también bajo la etiqueta de la “inseguridad”: actos oficiales que se enmarcan en lo que desde hace algunos lustros se denomina “políticas de seguridad”, reformas policiales o procesos judiciales fuertemente publicitados, investigaciones sobre las condiciones de la población de las prisiones o sobre la situación de la justicia, incluso reportajes sobre los sentimientos sociales con respecto al crimen (en los que generalmente se utilizan encuestas de opinión). En este caso, estamos fuera del dominio de los hechos criminales en sí mismos. Se han incorporado diferentes actividades y representaciones por medio de las cuales los diferentes grupos sociales especializados procesan el delito en tanto problema público, llamándolo de ahora en más “inseguridad”. Estos hechos de nuevo orden están presentes en todas las páginas de información general, aunque no necesariamente en los apartados exclusivos de hechos policiales: se trata con frecuencia de artículos que conciernen a la política local de la ciudad de Buenos Aires o la provincia de Buenos Aires, que –en los diarios serios– no llegan sino muy rara vez a las columnas específicamente “políticas”. Estos artículos no son casi nunca escritos por los propios periodistas de hechos policiales, sino que resultan de la iniciativa de profesionales menos especializados: los corresponsales en La Plata, los responsables de la cobertura de la política local porteña o simplemente otros periodistas generalistas. Este perfil de especialización sin especialidad que caracteriza a los periodistas de “info general” supone una competencia sumamente abarcativa que permite poner en relación hechos “sociales” y hechos “políticos” a partir de una pluralidad de fuentes que no están disponibles para los periodistas concentrados en el tratamiento de los “hechos criminales” ni para los responsables del análisis de la arena más restringida de la lucha “política”.

A su turno, los periodistas de la sección política tratan la “inseguridad” cuando se convierte en objeto de los debates de los actores especializados del sector de la actividad social que se define como “política”: un nuevo plan gubernamental o un

proyecto de ley sobre la legislación penal, la policía, la justicia o las prisiones da frecuentemente lugar a discusiones que adquieren rápidamente una mayor generalidad. Hechos dispersos, dotados de una especificidad propia, se convierten en elementos de una totalidad delimitada por la expansiva noción de "inseguridad", que los periodistas comparten con sus interlocutores políticos. Por la propia definición socialmente vigente de la vida política, los debates entre detentores y pretendientes de cargos públicos, líderes partidarios, candidatos, especialistas, son objetos privilegiados de la atención periodística. Muy a menudo, los propios periodistas son productores de estos debates y responsables del carácter circular de preguntas y respuestas que estos adquieren. En todo caso, la centralidad del debate político en el espacio público mediatizado y la necesidad de ejes organizadores contribuyen a la elaboración de nociones generales. Categoría intelectual por antonomasia, los periodistas de las páginas políticas y de las columnas de opinión tienden a enfatizar el lugar de los símbolos en la vida social y el lugar de la palabra en la lucha política. Y todos los objetos que tienden rápidamente a adquirir ese aura de sacralidad que caracteriza a "lo político" tal y como es idealizado por los intelectuales (universitarios, periodistas, políticos). En las alturas de esta constelación de conceptos generales, la "inseguridad" es una noción capital desde hace ya casi diez años. De esta manera, sea que los profesionales de la política hablen explícitamente de la "inseguridad", sus causas y sus soluciones, sea que actúen de una manera que suponga una remisión implícita al problema, los cronistas de la política cotidiana tenderán a reforzar la vigencia de la noción de "inseguridad", como en su momento lo hicieron con la "corrupción" o la "estabilidad" (13).

El mismo tipo de lógica subyace a la consideración de la cuestión por parte de los editorialistas: social e intelectualmente próximos al mundo político, tienden a percibir la importancia de las cosas cuando ellas alcanzan a este universo restringido de sentido. Sin embargo, los editorialistas tienen una relación más estrecha con la dirección del diario y pueden tratar una cuestión cualquiera sin que sea en ese momento preciso un tema "caliente" en el escenario político: a veces basta con que la cuestión ocupe algunas portadas (en

muchos casos por falta de información de mayor envergadura) o que el servicio de información general haya identificado una "ola de inseguridad" para que los editorialistas hablen de ello. En lo que hace a los editoriales de los diarios de referencia, se refieren con mucha frecuencia al "problema de la inseguridad", sus causas y sus responsables, las soluciones que el gobierno debería implementar y los caminos que los actores políticos y sociales deberían recorrer para conjurar el malestar. Estos editoriales invocan muy a menudo los hechos delictivos que tuvieron lugar los días precedentes (en las páginas del diario). La idea de una "ola delictiva" aparece entonces como una de las razones que lleva a los editorialistas a tratar la cuestión: robos extraordinarios, violaciones, asesinatos, atentados, secuestros, etc. ofrecen la ocasión favorable para retomar estos hechos en un relato más general en torno al "delito" y la "inseguridad". Las "olas de inseguridad" o la "situación crítica de la seguridad" de la que hablan son documentadas por una serie de acontecimientos mediatizados que enumeran y que resultan en un *validación circular del discurso mediático por el discurso mediático*. Las "olas de inseguridad" atraviesan el cuerpo de los diarios, de las páginas policiales a las políticas, de las portadas a los editoriales. Ha ocurrido incluso que los editorialistas han discutido los argumentos de las autoridades en torno a una supuesta baja de la criminalidad, fundamentada en las estadísticas policiales que aquellas mostraban, contraargumentando que... ¡bastaba leer los diarios para ver que la criminalidad estaba en aumento! En lo que hace a las posiciones generales con respecto a los problemas, existe una especie de ajuste automático entre lo que el periodista hace y lo que se espera de él en función de la posición que ocupa: aun cuando no existe un control explícito, los editorialistas escriben lo que el periódico quiere que escriban (14). Ahora bien, estas tomas de posición constituyen aproximaciones "desde arriba", incluso "teóricas", que contrastan con la crónica policial, empírica y concreta: la imagen de la complejidad de problema y la multiplicidad de causas se impone, incluso si se considera que la "corrupción policial" y la "crisis social" tienen un rol determinante para explicar la situación (15). Por lo demás, los diarios se convierten sin reparos en portavoces de una sociedad que es re-presentada como crecientemente

angustiada con respecto al crimen y se sienten por ello mismo autorizados para indicar a los poderes públicos lo que deben hacer para remediar el mal.

Finalmente, las conferencias de redacción en las que se decide la portada del día siguiente son un espacio de lucha en el que los jefes de cada una de las secciones discuten la jerarquía de los titulares con los responsables del diario. Cada uno se esfuerza por mostrar que tiene una "exclusiva", o que tal hecho va a ser "la noticia" en las portadas de los competidores, o que ha habido una subcobertura del tema de marras (16). Lógicas periodísticas, cálculos comerciales, alianzas políticas y pequeños intereses provincianos se ponen en movimiento para decidir una portada. Hasta hace poco tiempo, los acontecimientos políticos tenían una prioridad indiscutible en los diarios nacionales: un hecho deportivo colosal, una conmoción económica o un suceso internacional descomunal podían desplazarlos en algún momento; pero la regla era que la política gozaba de ventajas estructurales. Desde mediados de los años 1990, los hechos policiales y deportivos tienden a ocupar un lugar cada vez más importante en las portadas de los diarios nacionales, denotando transformaciones más profundas en el campo periodístico y en la cultura nacional. A mediados de 2003, cuando realizábamos el trabajo de campo para esta investigación, el padre de un futbolista había sido secuestrado y permaneció desaparecido durante más de un mes; el mismo día en que el hombre fue liberado, el flamante presidente de la República visitaba por primera vez a George W. Bush. El autor de este artículo se encontraba en ese momento en la redacción de Clarín y un periodista de posición bastante elevada le dijo: "ahora, los tipos que están ahí adentro van a tener un lindo problema para hacer la tapa". Al día siguiente, un titular enorme en la mitad superior de la portada anunciaba la "cordial" reunión de los presidentes; la parte inferior mostraba una gran foto del futbolista con su padre liberado. Este hecho puntual revela como, en un diario de referencia, los hechos que constituyen la materia de la noción de "inseguridad" y otras noticias luchan por el acceso a los espacios privilegiados en el cuerpo de los objetos mediáticos. En La Nación, las portadas tienen una morfología similar. En Página/12, las noticias políticas, económicas y de

política internacional tienen siempre el espacio principal; en los diarios populares, los crímenes y los partidos de fútbol tienen casi siempre la prioridad. Más allá de las particularidades, se observa así un desplazamiento de los diarios serios hacia temas cada vez menos circunspectos y este desplazamiento es tanto más fuerte allí donde las lógicas comerciales tienden a predominar: el campo periodístico pierde así autonomía y se vuelve más dependiente de los condicionamientos económicos. Si los crímenes tenían ya un espacio privilegiado en los noticieros y en la prensa popular, la llegada a las portadas y los editoriales de los diarios de referencia brinda a la “inseguridad” la carta de ciudadanía entre los temas que merecen la atención de la sociedad y de los poderes públicos.

3. La inseguridad en olas

Todos los días hay noticias policiales en diarios, radios, noticieros y canales de noticias. Ahora bien, esta cobertura rutinaria estalla de tiempo en tiempo por razones que todavía no conocemos demasiado bien. Aparecen así las “olas de inseguridad”: algunos hechos puntuales –un asesinato de rasgos dramáticos, dos o tres violaciones en un mismo barrio, una serie de asaltos a bancos o restaurantes, algún secuestro– sirven a los periodistas para hablar de “la ola”. Se produce entonces la verdadera ola: una ola político-periodística que se organiza en función de las intervenciones cruzadas de distintos periodistas, expertos y profesionales de la política, que procuran sacar ventajas coyunturales de sus respectivas tomas de posición. Desde un punto de vista “científico”, esta construcción es absurda: todos los días hay cientos de robos, violaciones y homicidios. Es decir, la ola no existe. ¿Por qué la cobertura mediática es espasmódica? ¿Por qué el tema de la “inseguridad” se instala cíclicamente en el centro de la agenda? La morfología del delito –estable, con una distribución social definida y con modalidades más o menos fijas– se contrapone notablemente con la manera en que los medios “reflejan” la realidad –espasmódica, con singular predilección por hechos dramáticos o dramatizables, sensible a la marginal aparición de “nuevas modalidades delictivas”–. Esto indica que la “inseguridad” tal y como es construida por los medios expresa más bien las lógicas del trabajo periodístico que los

movimientos objetivos del delito: estas lógicas están moldeadas por los criterios profesionales de los periodistas, pero también por los intereses de los grupos empresarios para los que trabajan, las alianzas sociales y políticas de estas empresas periodísticas, incluso por la “manipulación” que las “fuentes” (policía, jueces, abogados, bomberos, expertos, funcionarios, diputados, operadores políticos, etc.) pueden ejercer sobre las percepciones que los periodistas tienen de la realidad (17). Una vez que la “ola” ha sido montada, todos los actores involucrados en la resolución del problema se ven forzados a intervenir en el debate: un ministro de seguridad o un gobernador anuncian la compra de patrulleros, la incorporación de efectivos o la asignación de nuevas partidas presupuestarias para la policía; un secretario de seguridad o un presidente anuncian nuevos métodos de vigilancia callejera, la asignación de gendarmes y prefectos a las funciones de policía ordinaria o el lanzamiento de un nuevo “plan contra el delito”; un candidato a legislador, a intendente o a gobernador se ve forzado a mostrar su inquietud frente al problema y avanzar sobre recetas de solución (los “duros” reafirman su dureza, los considerados “blandos” aprovechan para mostrarse un poquito más duros).

Esta intensificación de la cobertura periodística de los hechos policiales –que puede expresar cambios reales en la morfología del delito, pero que generalmente no lo hace sino de manera muy imperfecta– está siempre acompañada por una editorialización más o menos explícita: el comentario de los presentadores de los noticieros, la entrevista con los expertos en la radio, el artículo del periodista prestigioso en la prensa seria. Ahora bien, la construcción mediática de una situación “crítica” –que determina, a su turno, las elecciones redaccionales y refuerza de este modo la percepción establecida por los primeros golpes– produce un escenario nuevo, una configuración *sui generis* de las relaciones entre los medios, los políticos, los funcionarios y los grupos sociales que constituyen el público. Este tipo de situación no dura demasiado (una semana, un mes, a lo sumo dos), pero basta para movilizar una serie de acciones en cadena, que tienen al espacio público como ámbito de manifestación y que contribuyen a la reactualización periódica de las preocupaciones

colectivas sobre la "inseguridad". Una vez desencadenado, el proceso involucra a una red de actores que intervienen, con sus medios respectivos y con sus puntos de vista específicos, en la lucha de definiciones. *Se trata de olas político-periodísticas cuya estructura se reactualiza una y otra vez, con modificaciones casi imperceptibles.*

De este modo, la vida pública se agita en movimientos cíclicos en los que se reafirman los sentimientos y las creencias que los distintos grupos tienen con respecto al fenómeno delictivo, y a otras amenazas que producen un "sentimiento de inseguridad". Pero todo parece fundarse en casos extraordinarios que dan lugar a una "sobre-selección" de los hechos policiales, sirviendo como punto de partida para la construcción de una "ola de inseguridad". Desde hace poco más de un año, esta ola parece superponerse con (o reducirse a) la mera "ola de secuestros", como si no hubiera otros delitos, o como si todos los delitos, por obra de una operación metonímica inconsciente, tuviesen la misma naturaleza y el mismo significado. Así, la selección inicial que instala a la "inseguridad" en la agenda, lleva necesariamente a la identificación de una ola, que resulta más bien del incremento de la sensibilidad de los propios periodistas (editores, redactores, productores) para con los hechos que encajan con este principio de clasificación. En un plano más general, la existencia de la categoría misma de "inseguridad" hace más visibles ciertos hechos para los profesionales de los medios, operando como principio de selección, que es al mismo tiempo un principio de economía de trabajo. Por otro lado, esta categoría –y sus variantes– tienen una capacidad de estiramiento y metamorfosis que hace que, en medio de la psicosis colectiva que invade las redacciones y los despachos oficiales, un "sátiro" pueblerino sea conceptualizado como "secuestrador", que un ajuste de cuentas entre grupos delictivos sea considerado como un nuevo hecho de "inseguridad", o que la misma presencia de trabajadores precarios en la calle de la ciudad (cuidadores de coches, limpiadores de parabrisas, cartoneros o travestis) sea vista como un hecho casi asimilable con la presencia de "delincuentes". Ahora bien, si este esquema de percepción hace más visibles los hechos, la visión de los hechos tiende, a su

vez, a confirmar la validez del esquema de percepción. La percepción socialmente moldeada adquiere así el estatuto de evidencia incuestionable, de "realidad objetiva". Esta evidencia limita las posibilidades de actuar diferente, tanto para los agentes del propio campo político-periodístico como para otras categorías de productores simbólicos que, ante la censura impuesta por el juego así constituido, guardan silencio. Nadie cuestiona, entonces, la realidad así construida. Y cada acción tiende a reafirmar su validez. Todo el espacio periodístico converge en el ritual reafirmatorio. Pero también lo hacen, con mayor conocimiento de causa, las autoridades públicas y los legisladores, que responden con nuevos proyectos de ley, planes contra el delito o comisiones multisectoriales. Los aspirantes a ocupar estas posiciones procuran sacar ventajas de la situación crítica, reafirmando así la existencia del problema al tiempo que cuestionan la acción de los gobernantes.

¿Significa esto que la delincuencia es una invención de los medios? De ninguna manera. A los fines del presente análisis, no es demasiado importante saber si los delitos aumentan o decrecen. En todo caso, hay miles de delitos cada día. Pero las lógicas sociales que operan sobre la producción de los delitos y sobre la producción de relatos sobre el delito en tanto fundamento de la "inseguridad" son completamente diferentes. Las "olas delictivas" son construidas a partir de algunos casos particulares que han sido seleccionados en función de los condicionamientos y los criterios de los que ya hemos hablado más arriba. Luego, si los periodistas quieren encontrar más delitos para ilustrar lo que han construido, pueden hacerlo fácilmente: porque hay crímenes por todos lados, todo el tiempo. Por lo tanto, la pregunta que se impone es la contraria: si el delito es un comportamiento social generalizado y la "inseguridad" es un estado permanente, ¿por qué los medios de comunicación no le prestan todos los días la misma atención? Si hay en Argentina cerca de 3.000 homicidios dolosos por año, ¿por qué sólo vemos algunas decenas en la televisión? Si estos delitos se mantienen estables, incluso levemente declinantes, en los últimos 15 años, ¿por qué los medios de comunicación transmiten una imagen creíble de

riesgo creciente de salir a la calle y ser asesinado? Si la mayor parte de estos homicidios tiene lugar entre personas unidas por vínculos personales, ¿por qué se los vincula sistemáticamente con robos y secuestros? La respuesta es que la producción de noticias constituye un proceso de selección en el que las percepciones y los sistemas de clasificación de los periodistas – más o menos autónomos, más o menos interesados, más o menos manipulados por los actores políticos, sociales o económicos– desempeñan un papel protagónico. La falta de correspondencia entre los momentos de intensificación de la cobertura y el tipo de tratamiento que se da a los delitos con respecto a las cifras y las modalidades (siempre más estables) del delito en tanto fenómeno social, indican la medida en que la “inseguridad” es una construcción mediática, movilizadora por actores exteriores al campo periodístico (profesionales de la política, funcionarios, jueces, policías, incluso víctimas puntuales del delito con las competencias necesarias para intervenir en el espacio público). A través de los medios, los hechos llegan a ser conocidos y las visiones generales sobre el problema son enunciadas (18). Estos discursos refuerzan las experiencias directas de las personas ofreciéndoles puntos de referencia para interpretar sus propias situaciones en función de marcos más generales y con la ayuda de categorías abstractas. Uno puede saber lo que ocurre en su propio campo de experiencia, ¿pero puede percibirse a simple vista el aumento global de los accidentes de tránsito o la caída del consumo de carnes rojas? Para formarse una idea de estas variaciones, los individuos deben procurarse indicios que consideran fiables. Lo mismo ocurre con los indicadores de la “inseguridad”.

Conclusión

En este trabajo, hemos discutido dos hipótesis teóricas sobre la base de una investigación realizada en torno del tratamiento periodístico de hechos criminales en los diarios de referencia en Argentina: 1) que la construcción periodística de la realidad entraña procesos de selección que reposan a su vez sobre los modos de organización del trabajo y la rutina de las redacciones; 2) que la elaboración de relatos generales sobre la base de los hechos tratados en las coberturas de las páginas

de información general entraña un trabajo de producción ideológica, usualmente vinculada al estado de las luchas políticas en un momento determinado. En nuestro estudio sobre el tratamiento de la “inseguridad” en dos situaciones básicas –regímenes de rutina y situaciones de crisis– nos ha permitido observar que la selección periodística básica que determina la producción de noticias es acompañada, sobre todo en situaciones de “crisis”, por una sobredeterminación política que se impone a los profesionales del periodismo por la vía de las relaciones jerárquicas propias de las empresas de medios y la propia posición de los periodistas en el espacio social. Una exploración en esta dirección puede mostrar no solamente el carácter construido de los relatos sobre los cuales gran parte de la población fabrica sus representaciones sobre la realidad, sino también las condiciones prácticas en las que se producen estos relatos y el tipo de determinaciones (económicas, sociales y políticas) que operan en la situación rutinaria de trabajo de los productores de crónicas cotidianas.

NOTAS

[1] Gaye Tuchman, “Objectivity as strategic ritual: an examination of newsmen’s notions of objectivity”, *American Journal of Sociology*, Volumen 77, N° 4, enero 1972, p. 660-79.; Philip Schlesinger, “Newsmen and their time-machine”, *British Journal of Sociology*, Volumen 28, N° 3, septiembre 1977, pág. 336-350.

[2] Gaye Tuchman, “Making news by doing work: routinizing the unexpected”, *American Journal of Sociology*, Volumen 79, N° 1, julio 1973, pág. 110-131.

[3] Maxwell McCombs y Donald Shaw, “The agenda-setting function of mass media”, *Public Opinion Quarterly*, Volumen 36, N° 2, verano 1972, p. 176-187; Harvey Molotch y Marilyn Lester, “News as purposive behavior: on the strategic use of routine events, accidents, and scandals”, *American Sociological Review*, Volumen 39, N° 1, febrero 1974, p. 101-112; Herbert Gans, *Deciding what’s news. A study of CBS Evening News, Newsweek and Time New York*, New York, Pantheon Books, 1979.

[4] Denis Ruellan, "Le profesionalisme du flou", *Reseaux*, N° 51, 1992, s. p.; Alain Accardo, *Journalisme au quotidien. Outils pour une socioanalyse des pratiques journalistiques*, Bordeaux, Le Mascaret, 1995.

[5] Patrick Champagne, "Le mediateur entre deux Monde. Transformation du champ mediatique et gestion du capital journalistique", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, París, N° 131-132, marzo 2000, pág. 8-29.

[6] Cyril Lemieux, *Mauvaise presse. Une sociologie comprehensive du travail journalistique et de ses critiques*, París, Métailié, 2000.

[7] Philip Schlesinger, "Repenser la sociologie du journalisme. Les stratégies de la source d'information et les limites du média-centrisme", *Réseaux*, N° 51, 1992, s.p.

[8] Philippe Riutort, "Grandir l'événement. L'art et la manière de l'éditorialiste", *Réseaux*, N° 76, 1996, s.p.

[9] William Gamson, Andre Modigliani, "Media discourse and public opinion on nuclear power: a constructionist approach", *American Journal of Sociology*, Volumen 95, N° 1, julio 1989, p. 1-37; Dietram Scheufele, "Framing as a theory of media effects", *Journal of Communication*, 49, invierno 1999, pág. 103-122.

[10] Pierre Bourdieu, *Sur la télévision, suivi de L'emprise du journalisme*, París, Liber, 1996; Patrick Champagne, "Le journalisme à l'economie", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, París, N° 131-132, marzo 2000, pág. 3-7.

[11] En este caso, se trata de artículos que el autor de este trabajo ha leído con los propios redactores el mismo día en que fueron publicados en los diarios Clarín y La Nación. Tuve la ocasión de informarme sobre los procesos de producción de estos artículos en particular y de los criterios más generales que permiten la interpretación de otros artículos similares.

[12] Harvey Molotch y Marilyn Lester, *art. cit.*

[13] Ahora bien, los periodistas no solamente describen e

interpretan los comportamientos de los actores políticos, sino que también introducen juicios de valor y proponen sus propias interpretaciones sobre los hechos que los políticos deberían resolver. De este modo, participan directamente del debate. Por lo demás, también participan indirectamente: el propio debate es crecientemente “para los medios”, es decir, para los periodistas. Al mismo tiempo, la narración periodística dota a las luchas políticas de una unidad que no tienen “en-sí”.

[14] Esto varía de un diario a otro. Los editoriales de La Nación son escritos por el secretario general de la redacción y combinan lógicas heterogéneas; los de Clarín son redactados por un equipo menos autónomo políticamente, que no hace la mayoría de las veces más que sintetizar lo que se encuentra ya en el cuerpo del diario. En la prensa popular, no hay editoriales propiamente dichos. En Página/12, hay varios periodistas con puntos de vista muy diferentes que escriben artículos de opinión, pero con sus propios criterios. Horacio Verbitsky, por ejemplo, denunció las opciones comerciales del propietario del diario en uno de sus artículos a doble página en 2002.

[15] En general, las explicaciones de La Nación se sitúan más frecuentemente en el terreno de la “moralidad”, mientras que en Clarín se encuentran explicaciones más “estructurales”.

[16] Los periodistas de Clarín y La Nación tienen bien incorporada la idea de que son «la competencia» el uno para el otro, y actúan en consecuencia.

[17] No cabe descartar que la sensibilidad misma de los periodistas se vea afectada por estas olas. Si están aquellos que juegan el juego de la noticia, mientras otros juegan el juego de la política, hay también quienes expresan en su práctica profesional el miedo que experimentan en tanto individuos de clase. Este hecho, que ha aparecido al menos en una de mis entrevistas, marca los límites teóricos de una explicación en términos de campos sociales, mostrando hasta qué punto la pertenencia social opera sobre los esquemas de interpretación y de acción de los individuos.

[18] Patrick Champagne, “La construction médiatique des ‘malaises sociaux’”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*,

N° 101-102, diciembre 1991, pág. 64-5.

BIBLIOGRAFÍA

ACCARDO Alain, *Journalisme au quotidien. Outils pour une socioanalyse des pratiques journalistiques*, Bordeaux, Le Mascaret, 1995.

BAKER Mary Holland, NIENSTEDT Barbara, EVERETT Ronald, McCLEARY Richard, "The impact of a crime wave: perceptions, fear and confidence in the police", *Law and society review*, Volumen 17, N° 2, 1983, pág. 319-336.

BEHR Roy, IYENGAR Shanto, "Television news, real world-cues, and changes in the public agenda", *Public Opinion Quarterly*, Volumen 45, N° 1, primavera 1985, pág. 38-57.

BOURDIEU Pierre, *Sur la télévision, suivi de L'emprise du journalisme*, París, Liber, 1996.

CHAMPAGNE Patrick, "La construction médiatique des 'malaises sociaux'", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, N° 101-102, diciembre 1991, pág. 64-75.

CHAMPAGNE Patrick, "Le journalisme à l'économie", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, París, N° 131-132, marzo 2000, pág. 3-7.

CHAMPAGNE Patrick), "Le mediateur entre deux Monde. Transformation du champ médiatique et gestion du capital journalistique", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, París, N° 131-132, marzo 2000, pág. 8-29.

COBB Roger, ROSS Marc Howard (comp.), *Cultural strategies of agenda denial. Avoidance, attack, and redefinition*, Lawrence, University Press of Kansas, 1997.

COOK Fay Lomax, TYLER Tom, GOETZ Edward, GORDON Margaret, PROTESS David, LEFF

Donna, MOLOTCH Harvey, "Media and agenda setting: effects on the public, interests group leaders, policy makers, and policy", *Public Opinion Quarterly*, Volumen 47, N° 1, primavera 1983, pág. 16-35.

ERBRING Lutz, GOLDENBERG Edie, MILLER Arthur, "Front-page news and real-world cues: a new look at agenda-setting by the media", *American Journal of Political Science*, Volumen 24, N° 1, febrero 1980, pág. 16-49.

FISHMAN Mark, "Crime waves as ideology", *Social Problems*, Volumen 25, N° 5, junio 1978, pág. 531-543.

GAMSON William, MODIGLIANI Andre, "Media discourse and public opinion on nuclear power: a constructionist approach", *American Journal of Sociology*, Volumen 95, N° 1, julio 1989, pág. 1-37.

GANS Herbert, *Deciding what's news. A study of CBS Evening News, Newsweek and Time New York*, New York, Pantheon Books, 1979.

LEMIEUX Cyril, *Mauvaise presse. Une sociologie compréhensive du travail journalistique et de ses critiques*, París, Métailié, 2000.

McCOMBS Maxwell, SHAW Donald, "The agenda-setting function of mass media", *Public Opinion Quarterly*, Volumen 36, N° 2, verano 1972, pág. 176-187.

McCOMBS Maxwell, ZHU Jian-Hua, "Capacity, diversity and volatility of the public agenda", *Public Opinion Quarterly*, Volumen 59, N° 4, invierno 1995, pág. 495-525.

MARCHETTI Dominique, "Les révélations du 'journalisme d'investigation'", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, N° 131-132, marzo 2000, pág. 30-40.

MARTINI Stella, *Periodismo, noticia y noticiabilidad*, Buenos Aires, Norma, 2000.

MARX Karl, *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*, Penguin Books, 1973.

MOLOTCH Harvey, LESTER Marilyn, "News as purposive behavior : on the strategic use of routine events, accidents, and scandals", *American Sociological Review*, Volumen 39, N° 1, febrero 1974, pág. 101-112.

NEVEU Erik, *Sociologie du journalisme*, París, La Découverte, 2001.

PERALVA Angelina, MACÉ Eric, *Médias et violences urbaines. Débats politiques et construction journalistique*, Paris, La Documentation française, 2002.

RIUTORT Philippe, "Grandir l'événement. L'art et la manière de l'éditorialiste", *Réseaux*, N° 76, 1996, s. p.

RODRIGO ALSINA Miquel, *La construcció de la notícia*, Barcelona, Paidós, 1989.

RUELLAN Denis, "Le professionnalisme du flor", *Reseaux*, N° 51, 1992, s. p.

SACCO Vincent, "News that counts : newspaper images of crime and victimization statistics", *Criminologie*, Volumen 33, N° 1, 2000, p. 203-223.

SCHEUFELE Dietram, "Framing as a theory of media effects", *Journal of Communication*, 49, invierno 1999, pág. 103-122.

SCHLESINGER Philip, "Repenser la sociologie du journalisme. Les stratégies de la source d'information et les limites du média-centrisme", *Réseaux*, N° 51, 1992, s. p.

SCHLESINGER Philip, "Newsmen and their time-machine", *British Journal of Sociology*, Volumen 28, N° 3, septiembre 1977, pág. 336-350.

SOROKA Stuart, *Different issues, different effects. Building an issue typology for agenda-setting*, Annual Meeting of the American Political Science Association, Atlanta, septiembre 1999.

TUCHMAN Gaye, "Making news by doing work: routinizing the unexpected", *American Journal of Sociology*, Volumen 79, N° 1, julio 1973, pág. 110-131.

TUCHMAN Gaye, "Objectivity as strategic ritual: an examination of newsmen's notions of objectivity", *American Journal of Sociology*, Volumen 77, N° 4, enero 1972, pág. 660-79.